

do Wellington en la raya de Portugal la Extremadura se encontraba bastante protegida con 12,000 hombres y mandó que el resto de aquellas tropas se trasladase á la Mancha, á las órdenes del general Eguía, el cual en octubre estableció su cuartel general en Daimiel. Su ejército constaba entonces de 52,000 hombres, de ellos 5,000 de caballería y 55 piezas.

Los cuerpos franceses primero y cuarto, mandados por los generales Víctor y Sebastiani, fueron destinados á arrojar de la Mancha á Eguía, el cual al aproximarse el enemigo retrocedió hasta Sierra-Morena. La junta central le destituyó entonces del mando y le confió á don Carlos de Areizaga, jefe de una de las divisiones de aquel ejército. La junta soñaba á todo trance con entrar en Madrid; y en vano Wellington, que por entonces estuvo en Sevilla á visitar á su hermano el embajador inglés, manifestó los riesgos de semejante empresa; la junta estaba tan ciega, que hasta había nombrado las autoridades que debían funcionar en Madrid luego que se entrase en esta capital. Moviése, en efecto, Areizaga camino de Madrid, y ahuyentando á los franceses que se le pusieron delante llegó á Tembleque. Los enemigos, que estaban en Ocaña, se replegaron á Aranjuez y el 11 de noviembre todo el ejército de Areizaga estaba reunido en Ocaña. Este jefe, en lugar de avanzar antes de que los franceses recibieran refuerzos, comenzó entonces á mostrar la prudencia que no había tenido al principio. Mientras tanto los franceses reforzaron con gran número sus tropas de Aranjuez, y así Areizaga, que antes no tenía enfrente sino 20,000 hombres, tuvo que habérselas en breve con 48,000 en la batalla de Ocaña. Aun podría haberla ganado si á sus dotes de hombre valeroso hubiera reunido los conocimientos estratégicos que le faltaban; pero la perdió por no haber tomado disposición alguna. Esta batalla fué la más desastrosa que tuvieron los españoles, cuyas pérdidas fueron de 13,000 prisioneros, 4,000 muertos y heridos, cuarenta cañones y muchos carros de municiones y víveres; de manera que se tardaron dos meses en reunir en Sierra-Morena hasta 25,000 hombres como reliquias de aquel ejército. El de Extremadura, que había llegado al Puente del Arzobispo para auxiliar los movimientos de Areizaga, al saber la derrota de Ocaña se retiró con sus 12,000 hombres á Trujillo. El duque del Parque, que quiso también ayudar los movimientos de Areizaga, avanzó con su ejército hasta Medina del Campo; allí dió una batalla á los franceses en la cual les obligó á retirarse; pero noticioso de que habían sido reforzados y teniendo que dar descanso á su tropa, retrocedió á Alba de Tormes. El 28 de octubre volvieron los franceses ya con refuerzos y entonces el duque del Parque perdió lo que había ganado. Su ejército desbandado se refugió con pocas pérdidas en Ciudad-Rodrigo, Tamames y Miranda del Castañar y el duque á principios de diciembre sentó su cuartel general á dos leguas de Ciudad-Rodrigo.

CAPITULO III

INVASION DE ANDALUCÍA. — SITIO DE CÁDIZ. — WELLINGTON EN PORTUGAL

Wellington, en vista de estos desastres, se internó en Portugal para tomar la línea del Tajo.

Al comenzar el año de 1810 nuevas desgracias amenazaban á España. Napoleon, despues de haber vencido al Austria, volvió á Paris y anunció que iba á presentarse al otro lado de los Pirineos y que tan luego como se presentase, el leopardo aterrado huiría al mar procurando evitar su afrenta y aniquilamiento. Este leopardo era el ejército inglés, que despues de todo no había salido hasta entonces sino una sola vez de Portugal. Ninguno de estos

anuncios se realizó: ni Napoleon vino á España, ni expulsó á los ingleses. No vino á España porque estaba muy ocupado con la anulacion de su primer matrimonio y su nuevo enlace con una princesa austriaca; pero envió nuevos refuerzos y á principios del año 1810 ascendía á 300,000 hombres el ejército francés que peleaba en España.

Con estos refuerzos, José creyó preferible, antes de emplearlos contra el ejército inglés, invadir las Andalucías, y á este fin se preparó un ejército de 56,000 hombres mandados por Soult como jefe de Estado Mayor del mismo José, que se puso en marcha para esta region. El 20 de enero se movieron los franceses en toda la línea; y no habiendo la junta central tomado las convenientes disposiciones para la defensa de Sierra-Morena, el enemigo halló muy poca resistencia al penetrar por ella. La junta se retiró á Cádiz, despues de haber convocado las cortes para la isla de Leon, y se disolvió, nombrándose una regencia de cinco individuos. Blake, nombrado general del ejército llamado del centro, no pudo reunir mas que 5,000 hombres de los dispersos de todas partes; solo Albuquerque acudió desde Extremadura, pero al saber que los franceses estaban próximos á cortarle, se retiró á Cádiz para contribuir á su defensa. Los franceses por consiguiente entraron en Sevilla por capitulacion sin haber disparado un tiro, y en seguida el mariscal Víctor se presentó con grandes fuerzas delante de Cádiz.

La isla gaditana comprende la isla de Leon y la ciudad, distantes una de otra dos leguas de un estrecho istmo. La separa del continente un brazo de mar llamado de Santi-Petri, que se atraviesa por el puente de Suazo. El vecindario de Cádiz no pasaba de 60,000 almas y el de la isla de 18,000. En el arrecife delante de la ría de Santi-Petri, que conduce al puente de Suazo, se practicaron por los defensores muchas cortaduras y se levantaron baterías; y aunque al llegar Albuquerque estaban poco adelantadas las obras, este general y sus sucesores las activaron extraordinariamente. Para guarnecer plaza tan extensa se necesitaban muchas tropas; se procuró por tanto aumentar el ejército de Albuquerque, que en marzo de 1810 llegó ya á contar unos 15,000 hombres. Otros 5,000 envió el gobernador de Gibraltar entre ingleses y portugueses y además se formó una milicia urbana de voluntarios, compuesta de 8,000 hombres, para ayudar en el servicio á las tropas regulares. Por la parte del mar vigilaban la escuadra inglesa á las órdenes del almirante Purvis y la española á las de don Ignacio de Alava. Un gran temporal, el 6 de marzo, causó á los españoles la pérdida de tres navíos, una fragata, una corbeta y muchos buques mercantes, y á los ingleses un navío que tripulaban pero que pertenecía á Portugal. Los franceses en esta ocasion se portaron como solian hacerlo, contra todas las leyes de la humanidad, pues en vez de auxiliar á los naufragos arrojados á la costa, dispararon contra ellos bala roja é incendiaron casi todos los buques que llegaron á embarrancar en la playa. A fines de marzo la regencia nombró á Albuquerque embajador en Lóndres y le reemplazó con el general Blake. Los pueblos de los alrededores de Cádiz formaron partidas sueltas que molestaron á los franceses sin dejarles sosegar un momento.

Mientras el enemigo, apoderado de Andalucía, sitiaba á Cádiz, Suchet se presentó delante de Valencia el 5 de marzo y el 7 intimó la rendicion. Contestado negativamente, esperó hasta el 10, creyendo que estallaría dentro de la ciudad una conmocion en su favor; pero viendo frustrada su esperanza, levantó el campo y se volvió por donde había ido. Entretanto el joven Mina, que había desordenado á los franceses en Navarra, se adelantó hasta Cinco-Villas; pero allí tuvo la desgracia de caer en manos de los franceses y de ser llevado

á Francia y encerrado en Vincennes. Entonces se levantó, á su vez, en Navarra su tío D. Francisco Espoz y Mina.

El general Sebastiani, desde Granada, hizo el 23 de abril una excursion á Murcia, donde entró prometiendo respetar personas y propiedades. En la mañana del 24, bajo el pretexto de que el cabildo no le había cumplimentado al presentarse en la catedral, mandó que en el término de dos horas le entregase todos sus fondos. El cabildo pidió veinticuatro horas de término, á lo cual contestó Sebastiani que un conquistador no deshacía lo que una vez mandaba. Con la misma insolencia trató al ayuntamiento y al vecindario, imponiéndoles cien mil duros de contribucion, y además él y los suyos se llevaron toda la plata y alhajas de los conventos y de muchas casas particulares y todo el dinero de los establecimientos públicos. Como el objeto de este conquistador no había sido mas que robar, el 26 evacuó la ciudad, llevándose el botín.

Molestaba tanto á Soult en Andalucía la pertinaz resistencia de los españoles, que el día 9 de mayo de aquel año expidió un decreto propio de salvajes. «No hay, — decia, — ningún ejército español fuera del de S. M. católica D. José Napoleon. Así, todas las partidas que existan en las provincias, cualquiera que sea su número y cualesquiera que sean sus comandantes, serán tratadas como reuniones de bandidos y los individuos de ellas cogidos con las armas en la mano serán fusilados y sus cadáveres expuestos en los caminos públicos.» Indignada la regencia del reino al tener noticia de este feroz decreto, publicó otro en 15 de agosto diciendo que por cada español que pereciese por consecuencia de semejantes disposiciones serian ahorcados tres franceses, y que mientras Soult no reformase su decreto sanguinario seria considerado como indigno de la proteccion del derecho de gentes y tratado como bandido si cayese en poder de las tropas españolas.

Mientras así trataban á la España los que con tanta perfidia y alevosía la habían invadido, formaba un contraste horrible la conducta miserable de Fernando VII con el heroísmo de la nacion. Fernando, que en 9 de agosto de 1809 había felicitado á Napoleon por sus triunfos en España, le decia en 4 de abril de 1810 que su mayor deseo era ser hijo adoptivo de tan poderoso emperador.

Persistiendo éste en el empeño de invadir de nuevo á Portugal para echar de allí á los ingleses, nombró á Massena general en jefe del ejército de invasion y le dió para este objeto 66,000 infantes y 6,000 caballos. Massena, queriendo primero apoderarse de Ciudad-Rodrigo, situada por las tropas francesas desde el 25 de abril, llegó delante de esta plaza para activar las operaciones del sitio. Ciudad-Rodrigo se sostuvo heroicamente á las órdenes de su gobernador D. Andrés Perez Herrasti, el cual en 5 de julio organizó una salida sorprendiendo al enemigo, matándole mucha gente é inutilizando parte de sus obras. Los españoles se empeñaban cada dia mas en la defensa porque tenían la esperanza de ser socorridos por los ingleses, pues no podían comprender que los jefes del ejército inglés, tan numeroso y tan inmediato, dejasen caer en poder de los franceses aquella plaza, cuando era un grande obstáculo á la invasion del Portugal. Pero el día 10, habiéndose ensanchado la brecha hasta veinte toesas y noticioso el gobernador de que los ingleses, en vez de aproximarse, se alejaban de las inmediaciones de la plaza, resolvió capitular.

Los franceses perdieron en este sitio tres mil hombres y los españoles mil quinientos. Ni una sola casa había quedado intacta en la ciudad. La inaccion de los ingleses se explica, en primer lugar, porque las fuerzas de Wellington no eran superiores á las de Massena; los soldados ingleses care-

cian de la movilidad necesaria para maniobrar en campo raso y los portugueses no tenían todavía aquella disciplina y aquella costumbre de pelear que inspiran confianza. En segundo lugar, ganar una batalla no decidía el éxito de la guerra, y perderla era destruir el ejército inglés y facilitar al enemigo su marcha sobre Lisboa. Sobre todo, no convenia á la política de Inglaterra que se estableciese una íntima union entre Portugal y España. A pesar de esto, todos condenaron entonces la conducta del general inglés, y algunos jefes españoles se separaron de su ejército para agregarse á las tropas de su nacion.

Massena invadió el Portugal, reducido entonces, como dice un historiador inglés, á Estado feudatario de Inglaterra. Wellington tenía á sus órdenes unos 27,000 hombres de su nacion, el ejército portugués, compuesto de 30,000, y las milicias del país, que componian unos 13,000. Una de sus primeras providencias fué destruir todo el territorio portugués desde la frontera de España, por donde los franceses tenían que pasar, hasta Coimbra. Se arruinaron los molinos, se rompieron los puentes, se quitaron las barcas, se devastaron los campos y se fortificaron las líneas de Torres-Vedras. Estas líneas, que eran dos, distantes la una de la otra de dos á tres leguas, fueron aumentadas con otra tercera línea que llegaba hasta mas allá de Lisboa y que tenía por objeto facilitar el embarque de los ingleses en caso de derrota. En todas estas líneas se habían construido ciento cincuenta fuertes, artillados con seiscientos cañones.

Massena, que reunia bajo su mando 110,000 hombres, acometió el 26 de agosto la plaza de Almeida, la cual cayó en su poder al dia siguiente. El gabinete inglés, temiendo por su ejército, escribió á Wellington, diciéndole que S. M. Británica preferiria la retirada de sus tropas á que corriesen el menor peligro por cualquiera dilacion en su embarque; y hay que agradecer á Wellington que se mantuviese firme como se mantuvo, pues aunque se retiró á la izquierda del Mondego, determinó luego hacer alto en la sierra de Busaco, sin duda por los clamores que contra los ingleses se levantaban en Portugal al ver que sin combate dejaban el país á merced del enemigo.

El 27 de setiembre al amanecer resolvió Massena embestir la sierra y perdió la batalla de aquel dia y en ella 4,000 hombres. Convencido de que nada adelantaria con un ataque de frente intentó flanquear las posiciones de los ingleses, movimiento que obligó á Wellington á retirarse, como lo hizo el 29. Los franceses entraron en Coimbra, y con esto está dicho que saquearon la ciudad. No dejaron tampoco los ingleses de cometer excesos, hasta el punto de robar sus propios almacenes y destruir abundantes provisiones. Se estableció el cuartel general el 2 de octubre en Leiria; y creciendo los desórdenes en el campo inglés, se habrían reproducido los desastres del ejército de Moore, si Wellington no los hubiera reprimido con castigos ejemplares y con prohibir que los regimientos mas discolos entrasen en poblado. Despues siguió su retirada y llegó á las líneas de Torres-Vedras. Massena ni siquiera sabia que existiesen tales líneas; así es que tardó varios dias en reconocerlas, y viendo la poca probabilidad que tenía de forzarlas, pidió refuerzos á Napoleon. Wellington con su ejército, las milicias portuguesas y españolas, y las dos divisiones españolas que mandaba el marqués de la Romana, reunia entonces 130,000 hombres, dueños de posiciones formidables, y teniendo á su espalda para todo evento el puerto de Lisboa y la escuadra británica. Bien podia, pues, esperar, mientras por otro lado los franceses estaban como metidos en una red, rodeados de partidas españolas y portuguesas y de destacamentos ingleses que interceptaban sus comunicaciones y les cortaban los viveres.